

El bosque de los monos

.....



ISBN # : 978-0-244-65029-2

©Fernando Fontenla / Versión a5-palatino

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723 / Exp. N° 5044419

él mismo u otros caballos habían dejado en alguna de sus anteriores correrías. Esos caminos tenían un par de ventajas: la primera era que sólo Macho los veía, entonces nadie podía usarlos salvo él o alguno de sus amigos. La segunda ventaja era que los senderos eran ondulados y repletos de curvas, zigzagueaban por el campo sin ningún sentido aparente lo que los hacía mucho más divertidos que los caminos rectos y aburridos que usaba la gente. En realidad, para quién lo conocía, las curvas que hacía macho sí tenían sentido, porque hacían pasar el sendero por los lugares más interesantes. Por ejemplo: pasaban por el medio de todos los cardos, lo que hacía que al jinete no le quedara más remedio que levantar las piernas y ponerlas arriba del lomo para no terminar con los tobillos llenos de espinas. También esos senderos pasaban por debajo de árboles con ramas bajas, porque como Macho era un pony bajito, no se daba cuenta de que las ramas golpeaban contra la cabeza de quién fuera montado en él. Pero todo eso era sólo el precio que había que pagar, porque en realidad los senderos de Macho, al final, siempre te llevaban a algún lugar precioso, por lo menos según su gusto, que no siempre era el Tory.

Ya habían atravesado un prado lleno de flores, un potrero lleno de cabras y una colina verde y suave. Y ahora avanzaban, siempre en zig zag, hacia una zona más baja. Pronto Macho empezó a pisar barro, luego lodo y al final fango. Las patas blanquitas se le enterraban hasta la rodilla y le quedaban marroncitas.

–¡Pero Macho! –gritó Tory–. ¡Qué hacés! ¡Esto no es una laguna es un pantano! Salí de acá, haceme el favor. ¡Retrocedé!

Pero Macho no le hizo ningún caso. Siguió hacia adelante enterrándose cada vez más, hasta que al final se quedó encajado. Ya no podía avanzar, ni retroceder, ni ir para el costado. Intentó dar un brinco para desencajarse pero lo único que logró fue

corcovear como un caballo viejo. Con tanto movimiento el barro ya le llegaba hasta el hocico y tenía que mirar para arriba para que no le entrara por la boca.

Tory no estaba mucho mejor. Había tenido que levantar las piernas y ponerlas en el lomo de Macho como cuando él pasaba por el medio de los cardos.

–¡Viste lo que hiciste! –le dijo–. Yo te avisé, te dije que regularas, y vos nada, mirá si esto es arena movediza y nos hundimos.

–Prrrrffff, prrrffff –resopló Macho enojado y se encastró la trompa con barro.

–¿Y ahora cómo salimos acá? –Preguntó Tory y se paró sobre el lomo de Macho para poder ver más lejos. Quería saber dónde estaban, pero incluso desde arriba del caballo no podía ubicarse. Había pantano hasta dónde alcanzaba la vista y no encontraba ningún punto de referencia conocido. Iba a tener que bajarse de Macho, embarrarse y tratar de desencajarlo.

Al saltar al suelo, ella también se enterró hasta las rodillas. El barro era pegajoso y costaba mucho despegar los pies del suelo porque hacían efecto sopapa. Después de dar dos pasos sintió como el agua verdosa le entraba por encima de las botas y le mojaba los pies. Se puso detrás de Macho e intentó empujarlo, pero nada, no se movía. Luego tomó las riendas y tiró de él con fuerza, pero lo único que logró fue patinarse y caerse al suelo de traste. Su pantalón rojo quedó marrón tirando a negro, y se imaginó lo que le diría su madre cuando la viera, y entonces se enojó mucho más con su pony. Como por si fuera poco Macho resopló con mucha efe que era lo que hacía cuando se reía de algo.

–Prrrrffffffffff –hizo.

–¡Caballo loco, siempre lo mismo! –Tory estaba furiosa–
¡Hacés lío y después me retan a mí!

Pero enseguida se arrepintió y dijo.

–Bueno, perdoname, a veces el lío lo hago yo.

El sol estaba bajando y tenían que encontrar la forma de salir del pantano antes de que oscureciera. Tory se puso a pensar.

–Pensá vos también –le dijo a Macho.

Macho quiso pensar pero como tenía que tener la cabeza torcida para arriba para que no le entrara barro en la boca no podía. No sabía pensar con la cabeza para arriba.

Cuando ya hacía como una hora que Tory estaba pensando sin parar y tenía la cabeza recalentada de tantas ideas que le venían pero no tenían nada que ver con sacar caballos petisos del barro, una figura apareció a lo lejos en el pantano. Parecía un chico un poco más grande que ella. Lo raro es que venía caminando por el lodo blando como si nada. Es decir: no se hundía, parecía que flotaba. Igual tardó un rato en llegar hasta ellos porque daba pasitos cortitos y pisaba despacito como sí así evitara hundirse. Cuando se paró frente a Tory se develó el misterio. Se había atado dos tablas en la planta de las zapatillas como si fueran un par de raquetas para la nieve y con ese invento no se hundía.

–Hola –dijo el chico y saludó con la mano.

–Hola. Yo soy Tory y él es Macho. ¿Vos cómo te llamas?

–Yo soy Cable Pelado.

–¿Cable pelado? –preguntó Tory–. Eso no es un nombre.

–¿Ahh, no? ¿Y qué es?

–Es un nombre y un apellido. ¿No ves que son dos palabras?

–Ahh sí, tenés razón, nunca las había contado –dijo Cable Pelado y se empezó a rascar la cabeza–. Entonces mi nombre es Cable

–Bien Cable. Macho y yo queríamos solicitar tu ayuda para salir de este pantano.

–Bueno, pero vamos a necesitar una sogá para desencajar el caballo. Voy a buscarla.

Como no había ninguna casa a la vista y al sol no le faltaba mucho para tocar el horizonte, Tory se preocupó.

–¿Vas a tardar mucho? –le preguntó.

–No, un poquito –dijo Cable y se puso a caminar con sus raquetas para barro hechas con tablas.

Tory lo vio alejarse hasta que lo perdió de vista.

–Para mí que este no vuelve más –dijo.

–Prrrrffff –resopló Macho y como ya no tenía mucha fuerza para seguir teniendo la cabeza para arriba, tragó barro.

–Vamos a tener que prepararnos para pasar la noche acá –dijo Tory–. ¡Qué lástima que no traje chocolate, sino la hubiéramos pasado bárbaro! Y con este barro, que tiene color chocolate me da más ganas de comerlo.

A pesar de las dudas de Tory, un ratito después apareció de nuevo Cable sobre sus zapatillas con tablas, trayendo una sogá y una toalla. Tory no sabía para que era la toalla, supuso que era para secarse si se ensuciaba con el barro, pero poco después vio que estaba equivocada.

Cable pasó la sogá alrededor de la panza y el lomo de Macho, algo que a Macho no le gustó y empezó a corcovear.

–Tranquilo mi Machito –dijo Tory–, que Cable te va a sacar de ahí poquito a poquito.

–Prrrrffff, prrrffff –negó Macho, pero se quedó más tranquilo cuando Cable le puso la toalla entre la sogá y su panzita, porque eso le hizo suavcito, suavcito. La toalla era para que la sogá no lo lastimara.

Cable hizo un nudo bien fuerte en la sogá y se paró adelante del caballito. Se plantó sobre sus dos zapatillas con tablas y tiró. Tiró, tiró y tiró. Las tablas amenazaron con hundirse y Macho se

llegó a levantar un poquitito, pero por más fuerza que Cable hizo no pudo sacarlo de dónde estaba.

–¿Qué te parece si tiramos los dos juntos? –propuso Tory–, porque este caballito es chiquitito pero pesadito, come todo lo que encuentra hasta reventar, y así está.

Cable le dio una puntita de la cuerda a Tory y él la agarró por el medio. Cuando ambos estuvieron en sus posiciones contó:

–Uno, dos y.... y.... y... ¡Tres!

Tory tiró con todas sus fuerzas y a punto estuvo de dar con el traste en el suelo de nuevo, pero siguió tirando porque Macho se movía. De a poquito iba avanzando en el barro y de a poquito su cuerpo fue emergiendo más y más hasta que él mismo pudo mover las patas y empezar a caminar. Empezó a chapotear como loco y esta vez el barro le salpicó a Tory hasta en la cara.

–¡Pará, pará! –gritaba Tory, pero Macho estaba tan feliz de verse liberado que siguió saltando hasta que al final salió corriendo como loco y desapareció.

–¡Macho! ¡Macho! ¡Volvé! –gritó Tory desconsolada.

–No, dejalo –dijo Cable–. Dejalo que salga del pantano, si se queda parado seguro que se hunde de nuevo.

–Claro, tenés razón –dijo Tory–. Pero salió corriendo para allá y resulta que mi casa queda para el otro lado.

–No te preocupes que para ese lado está mi casa –dijo Cable–. Seguro que lo encontramos allí. Tengo mucho pasto verde y tierno, y a todos los caballos les encanta. Si me acompañas seguro que lo vas a encontrar ahí comiendo el pastito.

«Claro –pensó Tory–, por eso el muy zorrito quería atravesar el pantano a toda costa. Quería ir a comer ese pasto tan verde. ¡Y yo que pensaba que me estaba llevando a un lugar hermoso!».

–Dale vamos a buscarlo –dijo Tory–. Voy a retar a ese caballo y a meterlo en vereda de una vez. No lo voy a dejar salir a pasear por una semana entera.

Cable empezó a caminar pero Tory se hundía y no podía seguirlo. Entonces Cable la tomó de la mano y cada vez que se hundía le daba un tirón fuerte hacia arriba para que volviera a salir a la superficie. Poco a poco el terreno se fue haciendo más firme hasta que Tory pudo caminar con normalidad. Cable se desató las tablas de las zapatillas y a partir de ahí las llevó en la mano. Cuatro árboles aparecieron delante de ellos y en el medio una casita chiquitita. Estaba hecha con troncos y el techo era de ramas con hojas grandes como platos.

–Esta es mi casa –dijo Cable con orgullo.

Tory estaba sorprendida.

–¿Acá vivís? –Preguntó–. ¿Tan lejos de todo? ¿Sin supermercado? ¿Sin Kiosquito? ¿Pero dónde compras los chocolates y las demás cosas que sirven para vivir? ¿Vivís sólo?

Tory se dio cuenta de que había lanzado una ametralladora de preguntas. A veces solía hacerlo, y sobre todo cuando estaba contenta no podía evitarlo. Su madre se ponía frenética cuando lo hacía, pero a Cable parecía no haberlo molestado, estaba lo más tranquilito, incluso se reía un poquito.

–Sí, acá vivo –dijo–, pero no está tan lejos de todo como decías vos. Por ese camino que está ahí, ves –señaló una huella que partía hacia de la casa hacia el oeste–, se va hasta Guernica, enseguidita llegás y ahí tenés el supermercado, aunque la mayoría de las cosas no las compro, las buscó allá, en el bosque de los monos. Ahh, y no vivo solo, vivo con mi tío que vende cosas. Vende huevos, a veces algún cabrito y también las cosas que yo le traigo del bosque de los monos. Ahora él se fue a Guernica, a vender.

A pesar de que Cable había respondido con prolijidad a todas sus preguntas, a Tory le estaban surgiendo muchas más. En especial quería saber dónde corno estaba ese dichoso bosque de los monos, en dónde al parecer había muchas cosa maravillosas,

cosas que hasta se podían vender. Pero no quería volver a ametrallar a Cable a preguntas, así que fue de a una por vez. Primero lo más importante. Fue al grano.

–¿Y dónde está ese bosque de los monos? –dijo en voz bajita porque le daba un poco de vergüenza preguntar semejante pavada. Cualquiera sabía que en el campo de Florencio Varela no había ningún mono, sólo algunos monigotes, pero monos, lo que se dice monos, no.

A Cable se le puso una sonrisa enorme en la boca.

–El bosque de los monos está allá –dijo–, al otro lado de la laguna –y señaló con la mano hacia un grupito no muy grande de arbustos espinoso que había más allá de la lagunita que estaba frente a su casa.

–¿Y vos decís que ahí hay monos? –preguntó Tory.

–Sí, claro, y mucho otros animales, algunos rarísimos.

Tory se puso la mano a modo de visera intentando cubrirse del sol que le daba de frente.

–Yo no veo nada, ningún animal –dijo.

–Claro que hay, pero desde acá no se ven, tenés que entrar adentro del bosque.

Desde donde estaba Tory veía el principio y el final del bosquecito, pero el adentro no lo veía porque el bosque era muy chiquito, casi transparente, y entonces se dio cuenta de porqué al pibe ese le decían Cable Pelado: era porque tenía los cables de la cabeza pelados, en cortocircuito, estaba loco, loquito loquito, por eso veía animalitos.

Ahh sí –dijo haciéndose la distraída porque su abuela Juana le había dicho que a los locos siempre había que darles la razón, porque si no se podían poner malitos–. Creo que veo un elefante blanco nadando –dijo y enseguida se dio cuenta de que en realidad era Macho que después de comerse el pastito se había

tirado a nadar en la laguna y pasaba flotando panza arriba, haciendo la plancha.

–Hay una sólo cosa peligrosa en el bosque de los monos –dijo Cable.

–¿Y cuál es? –preguntó Tory.

–Los abejorros gigantes: son grandes como conejos, están escondidos en los árboles, y vienen por atrás y zas, te pican en el trast.



Tory no quería preguntar nada más, el bosque de los monos era un cuento, y la teoría de los abejorros gigantes lo confirmaba. Ella ya había comprobado que todos los animales míticos como el abominable hombre de las nieves, Godzilla, King Kong, el monstruo del lago Ness, Scooby Doo y hasta mismísimo Alf el extraterrestre eran todos un fraude de los adultos para engañar a los chicos. Y acá lo que pasaba era que el tío de Cable seguro le

había contado lo de los monos y lo de los abejorros para que el chico no cruzara la laguna y se perdiera, o que lo picara alguna víbora que eso sí podía haber.

–Bueno, yo me voy para mi casa –dijo Tory y dio un paso para atrás.

–¿Vas a volver otro día, con más tiempo para jugar? –preguntó Cable.

Tory pensó que sí le gustaría volver, sobre todo para meterse a nadar en la laguna como estaba haciendo Macho en ese momento que lo estaba pasando bárbaro.

–Sí, claro –dijo–. Otro día que haya sol vengo.

Macho seguía dele que te dele nadando de un lado para otro. Primero pasó nadando espalda revoleando herraduras y después nadó pecho con el hocico medio metido en el agua, aprovechando para lavarse los dientes. Al final quiso nadar estilo mariposa pero a la primera brazada se hundió porque tenía las patas muy cortas.

A Tory le estaban entrando unas ganas tremendas de meterse al agua pero ya era muy tarde y si no volvían pronto su mamá la iba a retar, y además no había traído la malla, pero entonces se le ocurrió una idea grandiosa:

Si se metía al agua con la ropa puesta se podía limpiar el barro del pantano con lo que se evitaría un reto seguro, y de paso se sacaba el gusto del chapuzoncito.

Sin pensarlo más se sacó las botas, corrió hasta la orilla y se tiró de cabeza. El agua estaba turbia pero templadita y lindísima. Nado croll para llevarle la contra a Macho y le gustó tanto que no podía parar. Cable también se metió al agua pero no nadaba, como era más alto hacía pie y la acompañó caminando al lado de ella. Sin darse cuenta tocó tierra con la mano y cuando levantó la vista se encontró con que había llegado hasta la otra orilla.

Cable ya había salido del agua y le tendía la mano para ayudarla a salir.

–Que te parece si ya que estamos acá, te muestro un poquito el bosque de los monos –dijo.

Tory agarró la mano de Cable y salió del agua de un tirón.

–Dale mostrame.

Detrás de ellos Macho salió del agua sacudiéndose y corcoveando como loco.

—Prrrrffff –resopló.

Tory seguía viendo lo mismo que había visto desde la otra orilla. El bosque eran diez o doce árboles raquíuticos con cuatro hojas que no podían esconder un mono, como mucho una lagartija. Pero cuando dio un paso hacia delante de pronto las ramas se llenaron de hojas y los árboles crecieron hasta el tamaño de robles frondosos. Dio otro paso y la sombra aumentó, el bosque se hizo más profundo, y ahora no se veía dónde terminaba. Hasta el ruido cambió: ahora se oían decenas de pájaros diferentes y el mugido de las vacas cercanas había cambiado por unos rugidos desconocidos. Algo se movió sobre su cabeza y vio pasar un mono saltando de una rama a la otra.

De inmediato retrocedió los dos pasos que había dado y todo volvió a la normalidad. El bosque desapareció y sólo quedaron los espinillos raquíuticos. Cable no se había movido de su lugar y sonreía de oreja a oreja.

–Te lo dije, es un bosque muuuy grande –dijo alargando la u–, y hay de todo.

Tory no sabía que pensar, la magia no existía, sólo existían los trucos. Alicia en el país de las maravillas y El Mago de Hoz eran sólo cuentos.

–¿Cuál es el truco? –preguntó.

–El bosque de los Monos es un bosque mágico –dijo Cable.

–No Cable, la magia no existe –le explicó Tory–. Tiene que ser un truco, una ilusión óptica. ¿Viste que los sedientos en el desierto ven oasis dónde no hay nada? Esto debe ser algo parecido.

–No señorita –insistió Cable–, este bosque es mágico, y no sólo eso: es el bosque nódulo.

–¿Bosque módulo? ¿Qué corno quiere decir eso?

–Bosque módulo no, bosque nódulo. Quiere decir que este es el bosque que conecta con todos los bosques mágicos del universo, como ser el bosque de Gulubú, el bosque de Sherwood, el bosque de los arrayanes, el bosque del árbol de cristal, el bosque de la bella durmiente, el bosque azul y mil bosques más.

Tory se descostilló de risa y Macho se puso a relinchar como loco, cosa que sólo hacía cuando su resoplido con mucha efe no le alcanzaba de tanta risa que tenía.

–Sí claro –dijo Tory– Y yo soy Rapunzel y este pony es el caballo blanco de San Martín.

Macho se paró alto sacando pecho y pateando el suelo con las patas de atrás. El caballo de San Martín era su héroe, aunque él era más valiente que ese simple caballote de general que miraba las batallas desde lejos.

Cable se había puesto serio. Estaba ofendido.

A Tory le dio pena, pero no sabía cómo decirle que el bosque de los monos seguramente sería algún truco de su tío. Seguro que si daba dos pasos más después de los dos pasos que ya había dado, todo el truco se caería a pedazos y volverían a estar en el bosquecito raquíptico de al lado de la lagunita que no tenía nada de mágico. Tenía que demostrarle a Cable que todo era un engaño, pero ya no tenía más tiempo. El sol se había puesto y su madre se estaría enfureciendo porque no los encontraba por ningún lado. Tenía que volver ya sí o sí.

–Perdoname Cable, me tengo que ir, pero te prometo que otro día vengo a jugar con vos.

A Cable se le fue la cara de ofendido.

–¿Sí? ¿Vas a venir? ¡Dale! Te espero, y traé a tu caballito que es muy divertido.

Macho resopló haciéndose el fiero, él no era un caballito divertido, él era un caballo atrevido de aventura.

–Adiós –dijo Tory y se hubiera tirado de nuevo al agua para volver a cruzar la laguna si no fuera porque Cable la agarró de la mano.

–No hace falta que te mojes de nuevo, ya empieza a hacer frío –dijo–. Podés dar la vuelta alrededor y tampoco es necesario que te vuelvas a meter por el pantano, conozco un camino que está todo seco. Los voy a guiar hasta que lleguen a la calle.

Tory montó a Macho.

–Dale, te seguimos –dijo.

Cable salió al trotcito, dando la vuelta a la laguna hasta su casa, y luego se internó en el pastizal. Iba haciendo curvas, pero no curvas sin sentido como hacía Macho, sino buscando los lugares sin barro y dónde el pasto estaba más corto y dócil.

Ahora el ofendido era Macho. Él era el caballo líder, el guía, él no iba a ir atrás de ese flacucho por más que supiera de bosques inexistentes e incluso que supiera desencajar caballos del barro. Esquivó a Cable, lo pasó y se fue al galope.

Tory le tiró de las riendas pero Macho sacudió el hocico y siguió corriendo. La oscuridad había aumentado y no se veía para dónde iban.

–¡Que hacés! –gritó Tory–. ¡Ni sabés para dónde vas! ¡Frená y dejá de hacerte el canchero que nos vamos a ir a la miiiiiiiiiiii!

Tory no pudo ni decir mierda. De pronto había salido volando. Macho no estaba por ningún lado, y ella volaba y volaba como Superman, hasta que: ¡Crash! Cayó al suelo y siguió

rodando un buen rato. Cuando paró de dar vueltas vio la cara de Cable que la miraba preocupado.

–¿Te lastimaste? –preguntó Cable.

–El orgullo –dijo Tory–. ¡Dónde está ese caballo enano que lo voy a estrujar! ¡Le voy a dar un palazo!

–Se clavó de punta en una zanja. Cuando pasa eso los changos del campo decimos que el caballo «punteó». También una vez vi una chica en bicicleta que le pasó lo mismo: «punteó», que no es lo mismo que cuando un guitarrista puntea, eso es otra cosa, es cuando hace «aieu aieu aieu aieu» con la guitarra dándole a la palanca distorsionadora.

Lo único que había entendido Tory de la explicación de Cable era que el zonzo de Macho se había caído en una zanja.

Cuando Tory lo vio tuvo miedo, porque estaba cabeza abajo, pero cuando Cable lo sacó usando la soga y la toalla, que por suerte había llevado, salió resoplando y escupiendo barro como si nada. Macho había quedado hecho un mamarracho. El barro le chorreaba por las orejas y tenía una rana en la grupa.

En el revolcón Tory se había llenado de pasto, y cuando volvió a montar a Macho con el barro se le hizo un engrudo. Para colmo Macho quiso sacudirse y la embadurnó hasta las cejas. Y para recontra colmo, con el viento el engrudo se le secó sobre la piel y se le hizo como una costra. Y el olor, bueno, ni hablemos, parecía el olor de la cloaca de la pocilga.

Poco después Cable los dejó en la calle que daba a la casa de Tory y se despidió de ellos. Tory no pudo decirle ni chau porque la costra se le había petrificado los labios y no podía mover la boca. De lejos ya vio que en la puerta de su casa giraban las luces azules de un auto de la policía y supo lo que le esperaba. Entraron por el camino de la casa cuando ya era noche cerrada mientras su madre estaba gritándole como loca al pobre comisario que aguantaba el azuzón con brazos caídos y cabeza

gacha, mientras el cabo de guardia le hacía burla desde adentro del patrullero.

–¡Incompetentes! ¡Pueblerinos! ¡Comepizzas! ¡No saben buscar ni a un caballo paticorto! –gritaba mamá con evidente desacato a la autoridad y roja de furia.

Macho hizo el pasito suavcito, se quiso hacer flaquito, invisible y trató de pasar desapercibido hacia el corral, pero las luces azules lo escracharon y lo mandaron al frente.

Tory vio como la cabeza de su madre se movía en cámara lenta hacia ellos y sintió como la onda expansiva de la furia la golpeaba de lleno.

–¡¡¡LOS VOY A MATARRRRRRR!!! –gritó mamá.

El comisario aprovechó el cambio de situación para saltar adentro de la camioneta y salir arando la tierra, levantando una nube de polvo.

Macho picó hacia el corral donde entró a la carrera. Tory desmontó de un salto y cerró la puerta del corral de un golpe justo antes de que el puño cerrado de su madre golpeará contra la madera.

–¡Salgan de ahí ya! Si no salen ahora mismo no van a comer postre durante un mes.

Era demasiado. Un compañero de la escuela casi se había muerto de tristeza por no comer postre durante una semana. ¿Un mes? Eso podía ser muy malo para los intestinos, se podían quedar amargos.

Tory abrió la puerta.

–¿Dónde se habían metido? Ya los buscaba la policía, el ejercito, gendarmería, prefectura, la montada, la motorizada, la fuerza aérea, el club de jubilados salió con linternas y un viejo se esguinzó.

–Máma, Macho se encajó, por eso tardamos.

–Prrrrffff, prrrrrfff, prrrrrfff, prrrrrfff –Macho resoplaba mientras negaba con la cabeza–. Lo único que faltaba es que la culpa la tuviera él. Él que con valentía había salido a flote de la situación. Había flotado en la laguna. Sí él era el caballo gallardo salvador que con su velocidad había estado a punto de recuperar el tiempo perdido y llegar a horario si no hubiera sido porque el Cable ese los había guiado directo a una zanja.

Todo eso estaba diciendo con los movimientos de cabeza y los resoplidos cuando recibió un tirón de crines.

La mamá de Tory lo soltó, se miró la mano y la olió.

–¡Qué es este olor a caca! ¡Caca caca! ¡A lavarse con manguera! ¡De inmediato!

–Prrrrffff, prrrrrfff, prrrrrfff, prrrrrfff –resoplar no le sirvió de nada, el chorro de agua le ahogó el resoplido y tuvo que cerrar la boca. Odiaba el baño con manguera y se prometió que cuando volviera a ver la dichosa manguera la patearía con las herraduras hasta romperla. Se tuvo que aguantar la manguereada chito la boca, ofendido, ofuscado, muerto de frío, recontra enojado y rebajado en su nobleza equina.

–¿Y vos nena? ¡También estás hecha una puerca! ¡Estás verde! A la ducha. ¡Y los dos están castigados! Se acabaron los paseos y de postre van a comer naranjas hasta que se me cante.

Condenados sin juicio.

Pena capital.

Tory estuvo dos horas y cuarto en la ducha hasta que pudo sacarse toda la costra, el engrudo, el pasto y el barro. El olor no salió, se quedó con ella una semana. Después de cada comida se comía su naranja y oía su estómago crujir, pidiéndole un postre de verdad. Y a la noche soñaba: con dulce de leche, con crema, con chocolate, con confites, con medias lunas cubiertas de chocolate blanco, con helado de mora y franbuemora con pedacitos de chocolate. Era un castigo desmesurado. Buscó en

internet cómo denunciar castigos injustos a hijos buenos, pero su madre la pescó y le escondió la computadora.

A medida que fue pasando el tiempo su estómago se fue acostumbrando a no comer dulce y ya no le crujía tanto, pero por otra parte le empezó a picar la curiosidad. Se acordaba a cada rato de cuando había dado esos dos pasos en el Bosque de los Monos y le entró la duda. Recordó los árboles altos y frescos, los rugidos de las fieras y pensó: ¿Y si Cable tenía razón? ¿Y si allí había algo mágico de verdad?

Además no podía olvidar la promesa que le había hecho a Cable: que iba a volver a jugar con él.

La oportunidad apareció cuando la tía Tita vino de visita.

La tía Tita hablaba sin parar y te enloquecía hasta tal punto de que te hacía perder la noción del tiempo. Con la tía Tita diez minutos podían ser seis horas, o seis días, nunca se sabía. Y para colmo te lo decía ella misma:

–Diez minutos y me voy.

Y a los diez minutos:

–Me tomo un matecito y me voy.

Y a los diez minutos:

–Me como una faturita, y me voy.

Y a los diez minutos:

–Me como otra faturita y me voy.

Y se bajaba la docena de faturas. Y a los diez minutos:

–Te lavo los platos y me voy.

Y a los diez minutos:

–Te barro la cocina y me voy.

Y a los diez minutos:

–Te hago las camas y me voy.

Y a los diez minutos:

–Me como un quesito y me voy.

Y a los diez minutos:

–Me tomo un vinito y me voy.

Y así hasta el infinito. Siempre se iba a los diez minutos y en realidad no se iba nunca. Y todo eso lo hacía mientras hablaba y hablaba. Te contaba lo que le había pasado el Tucho, al Tincho y al Tacho. Y después mientras te hacía la cama, criticaba a la Tota, a la Tuta y a la Teta. Bueno, a esa última no tanto.

La cuestión era que la mamá de Tory la dejaba hablar porque por lo menos le hacía las cosas de la casa mientras ella descansaba. Bueno eso de descansar hasta ahí, porque había que escucharla a la tía. Ojito con no prestarle atención, porque si se daba cuenta que estabas divagando te preguntaba y ¡Hay! cómo no respondieras bien, ¿saben que hacía? Te contaba todo de nuevo y ahí se te quedaba un mes.

Lo malo era que entre una cosa y la otra arrasaba la heladera, te la dejaba pelada. Y lo bueno era que la mamá de Tory tenía que prestarle atención hasta que se le partiera la cabeza.

2

Tory salió a las diez de la mañana segura de que la tía Tita tenía al menos hasta la hora del té, eso si no empezaba con el queso y el salami, que eran su plato fuerte. De todos modos pensaba volver en dos horas como máximo, antes del almuerzo. Decidió no llevar a Macho porque con los escándalos que solía armar era mucho más probable que la descubrieran. Intentó recordar el camino por el que los había guiado Cable, pero cómo esa vez era de noche, y además habían venido en sentido inverso

no pudo encontrarlo. Llegó hasta el pantano, pero esta vez en vez de atravesarlo lo rodeó. Cada vez que pisaba barro retrocedía un poco y retomaba más hacia el norte, hasta que llegó al zanjón en dónde se había quedado clavado Macho. El zanjón tenía mucha agua y no se podía cruzar pero a la derecha vio un puentecito, el que tendría que haber tomado Macho si no hubiera salido corriendo como un descosido. Cruzó el puentecito y ahí sí se encontró con un sendero largo que la llevó directo hasta la casa de Cable. La puerta de la casita estaba cerrada y no se veía a nadie por los alrededores. Golpeó muy despacito.

Toc, Toc.

Y como no salía nadie golpeó más fuerte.

¡TOC! ¡TOC! ¡TOC!

–¿Quién es? –Era la voz de Cable que contestaba.

–Soy Tory.

–Ya voy.

Se abrió la puerta y apareció Cable con una cara de sueño que se moría.

–¿Estabas durmiendo? –preguntó Tory.

–Sí, es muy temprano. ¿Vos te levantás tan temprano?

–No, es tarde, son como las diez y media. Yo cuando voy al colegio me levanto a las siete.

–Ffffffiiiiuuuu –silvó Cable–. ¡Qué locura! Yo nunca me levanté tan temprano.

Tory sintió que se ponía colorada de bronca.

–¿Qué, me estás diciendo loca? ¿Eh? ¿Qué te pasa?

Cable puso cara de asustado, y Tory como siempre que se enojaba se le pasó enseguida y se arrepintió de lo que había dicho. Pensó que debían ser los genes de su madre.

–Perdoná, olvidate –dijo– ¿Qué me estabas diciendo?

–Que yo siempre como a las doce, además anoche volví tarde, tuve que hacer un encargo para mi tío.

–¿Y qué encargos te manda a hacer tu tío?

–Me manda a buscar cosas. Cosas que la gente pierde o que ya no usa.

–¿Y cómo sería eso?

–Por ejemplo si un nene se olvida la bicicleta tirada en el jardín yo me la traigo.

Tory se puso colorada de nuevo, esta vez de indignación.

–¡Pero eso es un robo! –gritó.

–No, ¿por qué? Si ya no la usaba más. Si la dejó tirada.

–¿Y vos que sabés si ya no la usaba más? Cómo mínimo tendrías que haber preguntado. Me parece que tenés que dejar de hacerle encargos a tu tío. Eso está mal, si se entera el comisario te mete preso.

–Mi tío dice que el comisario nunca se entera de nada.

–Bueno, en eso coincide con mi mamá.

Cable señaló hacia adentro de su casa.

–¿Por qué no pasás y te muestro las cosas que encontré?

Tory se moría de curiosidad.

–Sí, dale –dijo.

La casa de cable era muy requetechiquita, sólo tenía una cama marinera y un ropero como muebles. Cable abrió el ropero y después un cajón. De adentro del cajón sacó un reloj dorado, y se lo dio a Tory.

Tory lo miró y leyó: «Girard Perregaux»

–¿De dónde lo sacaste? –Preguntó.

–Un señor se lo olvidó en la mesa de un restaurant.

–¿Y por qué no le avisaste?

–Porque mi tío me dijo que esperara a que se fuera para no poder avisarle.

–Y dale que te dale con tu tío. Ese tío tuyo no te está enseñando bien. Tenés que conseguirte otro tío, o un abuelo, un primo, o lo que sea.

–Es que es el único que tengo –dijo Cable.

Tory no supo que contestar a eso y siguió mirando los objetos que Cable sacaba del cajón. Pulseras, aros, collares, monedas, lapiceras, encendedores, todos misteriosamente olvidados por sus dueños. Tory ya se estaba aburriendo de tanta chatarra, pero no sabía cómo decirle a Cable sin ser grosera que no le interesaban esas cosas. Entonces, de pronto, una puertita que estaba en la pared del fondo se abrió, y de ahí salió un animal rarísimo. Lo que Tory alcanzó a ver era que tenía cuatro patas con escamas y uñas, el cuerpo era peludo de color negro, pero la cola era blanca y tenía cabeza de mono, pero con trompa de delfín.

Tory gritó de horror. El animal dio un brinco en el aire por el susto que le dio el grito de Tory y después salió corriendo a toda velocidad.

–¡No! ¡Se escapa el Mulichán! –gritó Cable.

Tory todavía no podía recuperarse, sentía como el corazón le latía en el pecho.

–¿Qué es eso? –preguntó–. ¡Es horrible!

Cable ya salía corriendo por la puerta.

–¡Es el Mulichán! ¡Se escapa! ¡Ayúdame a agarrarlo!

Tory no se imaginaba cómo podrían agarrar a semejante bicho, pero tomó valor y corrió detrás de Cable que ya había salido de la casa. Cuando salió afuera vio a Cable corriendo por el campo y lo siguió, pero el Mulichán daba unas zancadas gigantescas y ahí se dio cuenta de que tenía patas de ñandú. Cada vez se alejaba más y más, sería imposible alcanzarlo, sin embargo Cable seguía corriendo como loco.

–¡Tenemos que atraparlo antes de que lo vea la gente! –gritó.

–Corre mucho, no vamos a poder alcanzarlo –dijo Tory–. ¿Pero qué tiene que ver la gente?

–El Mulichán es un animal de otro planeta, la gente no puede verlo, eso me dijo mi Tío.

–Tu Tío me tiene podrida. Parate y explicame cómo es que tenés un animal de otro planeta.

Cable no paraba de correr, y el Mulichán había enfilado por el sendero que iba hacia la calle dónde vivía Tory. Entonces Tory vio que otro animal venía derechito hacia ellos. Era Macho que se habría escapado del corral y habría seguido sus huella. Si seguía como venía se iba a chocar de frente contra el Mulichán.

–¡Macho! –gritó Tory– ¡Cuidado con el Mulichán!

Macho, que tenía unas orejas grandísimas, escuchó a su dueña, y pensó que el Mulichán sería algún caballo malo. Se paró en medio del sendero, levantó el labio para que se le vieran los dientes y puso cara de fiero.

Ya iba a ver el Mulichán ese de pacotilla.

Cuando el Mulichán salió de la última curva se encontró con Macho cara a cara. Macho se pegó el susto de su vida, aquello no era un caballo era un monstruo. Se le escapó un relincho de terror. El Mulichán también lanzó un chillido de miedo, intentó frenar, clavó las patas pezuñosas pero venía a demasiada velocidad y se lo llevó a Macho por delante. Se pegaron un revolcón tremendo, Macho trezado con el Mulichán y levantaron una nube de polvo.

Tory y Cable corrieron hacia el lugar del impacto, pero cuando llegaron no podían ver nada por la polvareda. Cuando el polvo se asentó vieron a Macho solo, del Mulichán ni noticias.

Tory corrió a auxiliar a Macho, pensando que pudiera estar herido, pero el caballito ya estaba de pie y miraba frenético para todos lados buscando a su enemigo, hasta que empezó a relinchar como un loco moviendo el hocico hacia el oeste. Tory miró hacia dónde señalaba Macho y vio al Mulichán que ahora

se escapaba de nuevo hacia la casa de Cable. De un salto montó a Macho.

–A la carga mi machito, vamos a atrapar a ese Mulichán malito.

Macho salió a toda velocidad, pero de repente notó un gran peso sobre su lomo. Tory sintió que algo se apoyaba en su espalda y cuando dio vuelta la cabeza vio que Cable se había montado en Macho a último momento.

–¡A la carga! –Grito Cable enloquecido.

Macho no podía correr muy rápido con tanto peso y el Mulichán se les escapaba sin remedio.

–No se preocupen –dijo Cable–. Seguro que se va para mi casa porque es el único lugar que conoce.

Y el Mulichán fue para la casa de Cable, pero cuando llegó en vez de meterse adentro siguió corriendo por la orilla de la laguna.

Cable se desesperó.

–¡No! –gritó–. ¡Se va para el Bosque de los Monos! Si llega ahí lo perdemos para siempre.

Y para ahí fue nomás. El Mulichán se metió en el Bosque de los Monos y desapareció. Un minuto después Macho frenó resoplando frente a la entrada del bosque. Estaba muy enojado, el era un caballo de velocidad no un burro de carga, le habían hecho perder a su presa. La próxima vez que se le subieran dos niños arriba iba a patear y patear hasta que se cayeran.

Cable estaba muy preocupado.

–¡Pero no! ¡Pero no! –decía–. Mi tío me va a matar, ya le había vendido el Mulichán al carnicero de Alejandro Korn.

Tory estaba requete enojadísima.

–¡Pero cómo le vas a vender el pobre animalito a un carnicero! ¿No ves que lo va a cortar en pedacitos para hacer un asadito?

–Y bueno, ¿no hacen todos así con las vacas?

–Sí. ¿Y vos que te creés? ¿Qué porque lo hagan todos está bien?

Cable puso cara de no entender nada.

–Y... y... y... –dijo y no dijo nada.

–Está muy mal –dijo Tory–. Por suerte el pobre bicho pudo escaparse de dónde lo tenías encerrado y volver a su mundo.

Cable se puso contento.

–Aaaahhh, ¿viste? –dijo–. Ahora sí me creés que el Bosque de los Monos es mágico y que se conecta con otros bosques. Pero hay un problema: es casi imposible que el Mulichán haya vuelto al bosque correcto, a su bosque, porque cuando pasás de bosque a bosque no podés elegir a que bosque querés ir.

–¡Pero no! –dijo Tory–. ¡Pobre Mulichán! Entonces estará perdido en un bosque cualquiera, lejos de su casita.

–Que se embrome por haberse escapado.

–¡Que decís! Si vos y tu tío se lo querían dar al carnicero. Tenés que encontrar al Mulichán y llevarlo al bosque que le corresponde, porque vos sos el responsable de que ahora esté perdido.

–Es imposible hacer eso.

–¿Y por qué, si se puede saber?

–Ya te lo dije, hay miles de bosque mágicos. Yo todas las veces que entré, aparecí en bosques distintos. Vaya a saber a cuál de todos se fue ese bicho.

–Bueno, entonces primero tenemos que saber a qué bosque mágico pertenece el Mulichán, así sabremos a dónde tenemos que llevarlo.

–Eso es fácil –dijo Cable–. Es del bosque Morado. El Mulichán es el nieto del Muliñanduplicascaripluma

–¿Qué dijiste?

–Muliñanduplicascaripluma, más conocido como el muliñan. Es un animal que los animales del bosque azul nunca dejaron

entrar, entonces fundó su propio bosque, el bosque morado, y bueno, como te decía, el mulichán es uno de sus nietos.

–¿Y vos cómo sabés todo eso?

–Me lo dijeron los monos –dijo Cable–. Son sabios.

–Y si son tan sabios, preguntémosle a ellos a qué bosque se fue el Mulichán.

–Hay que ver si quieren decirte, porque no te conocen.

Tory estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

–A mí no, pero a vos sí –dijo–. Vamos de una vez y dejá de dar vueltas que tenemos que encontrar al Mulichán antes de que a la tía Tita se le acabe la cuerda.

Tory avanzó decidida. Dio dos pasos hacia adentro del bosque y no pasó nada. Tres, nada. Al cuarto paso todo cambió. De nuevo los árboles se hicieron altos y el bosque oscuro. Miró a su alrededor y no vio a Cable ni a Macho, los muy malitos no habían entrado al bosque y la habían dejado solita. Bueno ellos se lo perdían, ella iba a rescatar al Mulichán y la heroína del cuento iba a ser ella. Entonces escuchó un resoplido a su derecha.

–Prrrrfff.

Era Macho, fiel y valiente como siempre.

–¿Dónde zurunga estamos? –dijo la voz de Cable a su izquierda.

Se internaron en el bosque, pero no encontraron a los monos sabios, ni a los abejorros gigantes, sólo a dos liebres que no les contestaron cuando les preguntaron por el Mulichán y a cuatro abejas comunes que sólo hicieron «bzzzz bzzzz». Cable se desanimó.

–Este bosque no sirve para nada –dijo–. Salgamos y entremos a otro.

–Tené paciencia Cablecito, no decías vos que estos eran todos bosques mágicos, tenemos que esperar que a este le aparezca la magia.

Caminaron y caminaron, hasta que cuando ya estaban por desistir, vieron dos lucecitas moviéndose entre los árboles que venían hacia ellos. Cuando estaban más cerca Tory se dio cuenta de que las lucecitas en realidad eran los ojos de una persona. Unos ojos verdes que iluminaban con una luz blanca. Cable se asustó.

–¡Rajemos! –gritó.

–Pará, vamos a ver quién es.

Tory vio que Cable estaba empezando a retroceder, entonces le agarró la manito para que no pudiera escaparse.

La persona de los ojos iluminadores llegó frente a ellos y la luz de sus ojos se apagó. Era una chica más grande que ellos. Grandísima en realidad, como de trece o catorce años.

–Ustedes no son de acá –dijo la chica.

La abuela de Tory le había dicho que no tenía que dejarse amedrentar por los más grandes.

–Y a que vos tampoco sos de acá –le retrucó.

La chica sonrió.

–Que lindos son los tres –dijo-. ¿Están perdidos?

–No, que vamos a estar perdidos –dijo Cable-. Sabemos bien dónde estamos. Estamos en el bosque de... eee... eee... en el bosque de... eee...

Este Cable siempre la embarra, pensó Tory.

–¿Por qué no nos decís vos dónde estamos ya que sos tan viva? –le dijo a la chica.

–Claro, estamos en el bosque del Árbol de Cristal, o en la estancia de don Pereyra como quieras decirle.

Tory se hizo la que sabía.

–Ahh, claro, sí sí, lo conozco. Nosotros venimos del reino de Florencio Varela ducado de San Fransisco el Grande y el Chico. Y somos parte de un ejército que busca al Mulichán perdido.

La chica se agarró la panza y empezó a descostillarse de risa.

–Ahh, sí claro, ya entiendo –dijo mientras se seguía riendo.

Tory se empezó a poner furiosa otra vez, la loca esta de ojos linternosos se estaba burlando de ellos, seguro porque eran más chicos que ella. Después de un rato la chica paró de reírse.

Bueno, creo que yo los puedo ayudar –dijo la chica. Sacó una computadora chiquita del bolsillo y escribió algo en la pantalla. Después de un rato puso cara de preocupación–. Estamos en problemas –dijo.

–¿Por qué decís eso? –Preguntó Tory.

–Porque el Mulichán se metió en un bosque mágico muy peligroso. Ustedes no pueden ir ahí solos, pero yo los puedo acompañar.

–Sea peligroso o no, no se puede ir al bosque que uno quiera, ya se los dije –dijo cable.

–Yo sí puedo elegir a dónde ir –dijo la chica.

Sus ojos volvieron a encenderse, pero esta vez empezó a salir de ellos una especie de luminosidad viscosa que se quedaba flotando en el aire. Poco a poco se fue formando una bola de luz de la altura de una persona. Cuando la bola de luz estuvo completa dentro de ella Tory pudo ver distintos paisajes que cambiaban a cada momento. A veces se veía un lago, otras una ciudad, otras un planeta rojo.

La chica le extendió la mano a Tory.

–Vamos –le dijo–. Tenemos que entrar dentro de la esfera de luz. No tengas miedo.

Tory tenía mucho miedo. No quería entrar ahí adentro. Las cosas que mostraba la bola de luz no siempre eran lindas. En un momento vio a un animal comiéndose a otro, después un río que se desbordaba y arrastraba todo. Pero cuando los dedos de la chica tocaron los suyos se tranquilizó. Era buena. Sentía su energía blanca pasando como corriente eléctrica a través de las yemas de los dedos. De inmediato supo su nombre y muchas

cosas más. La chica se llamaba María aunque se pronunciaba distinto en su lengua.

Dio un paso y entró a la esfera de luz. Fue casi como meter la pierna en un mar burbujeante, aunque en este caso en vez del agua era el aire el que burbujeaba. Pasó el otro pie y el mundo cambió de nuevo. Estaba en un bosque distinto. Esta vez los árboles no eran altos, eran bajos y tupidos y entre las ramas no se podía ver muy lejos. Unos segundos después apareció Macho a su derecha y luego Cable a su izquierda. María apareció flotando en el aire pero enseguida bajó al suelo.

–Estamos en el bosque tupido –dijo Tory.

Entonces se oyeron unos rugidos extrañísimos, graves y profundos, que hacían vibrar el suelo.

–Me parece que este no es ningún bosque tupido –dijo Cable–. Esto es el bosque del miedo.

–Vengan vamos a ver –dijo María–. Pero con mucho cuidado.

María se agachó y empezó a caminar despacito, sin hacer ruido. Tory se pegó a su espalda, y Cable a la espalda de Tory. Macho que no podía agacharse iba rompiendo ramas con los dientes. Mordía, tiraba y rompía, y hacía mucho ruido.

–Decile a tu caballo que deje de hacer escándalo –dijo Cable–. Nos van a descubrir los monstruos.

–María. ¿Hay monstruos acá? –Preguntó Tory.

–Ejem, ejem –dijo María.

Otra serie de rugidos le hicieron poner a Tory la piel de gallina.

–Mejor vámonos –dijo–. Y dejemos al Mulichán para otro día.

María siguió avanzando hasta que llegaron a un claro. Cable, impaciente, se adelantó hasta ponerse al lado de María y señaló hacia adelante.

–Sí, mirá, ahí están los monstruos –dijo.

Tory se metió entre las ramas y miró. No eran monstruos, eran dinosaurios y comían las ramas de los árboles. Mordían, tiraban y rompían.

–¡Son preciosos! –dijo Tory.

–Son horripilosos –dijo Cable.

–Estamos en el Mundo Perdido –dijo María.

De repente Tory vio como un animalito blanco se unía a los dinosaurios y hacía lo mismo que ellos: Mordía, tiraba y rompía, pero con las ramas más bajitas. ¡Era Macho!

–¡Vení tonto, que te van a pisar! –le gritó–.

Macho movió las patas de adelante como bailando un malambo que era lo que hacía cuando quería decir «que te importa yo hago lo que quiero». Tory pensó que la próxima vez le iba a poner un candado al establo para que no pudiera escaparse. Por suerte los dinosaurios no le daban ni bola a Macho y seguían comiendo ramas como si nada.

Entonces se empezó a sentir una vibración repetitiva. Era como un corazón gigante que latía: «tum tum tum». Los dinosaurios olieron el aire y no les gustó lo que olieron, porque se fueron. Tory volvió a llamar a Macho.

–¡Vení precioso caballito!

Pero a Macho le importaba tres belines. El «tum tum tum» aumentaba a cada segundo. En el borde opuesto del claro apareció un hombre corriendo. Corrió hasta el centro del claro y miró para atrás. Entonces se escucharon ruidos de ramas rotas y por el mismo lugar de dónde había salido el hombre apareció la bestia. Era otro dinosaurio, pero este no era de los buenitos, era de los malitos. Movía la cabeza llena de grandes dientes puntudos a un lado y al otro. Y rugía. Daba pisotones en el suelo y parecía muy enojadito. El hombre salió corriendo hacia dónde estaba Macho y se metió por un sendero entre los árboles. El

dinosaurio lo vio y también corrió hacia allí con grandes zancadas. Macho seguía comiendo ramitas como un tontito.

Tory se desesperó.

Y salió corriendo a salvar a su caballito.

Corrió y corrió mientras el dinosaurio malo corría hacia el mismo lugar. Llegó hasta Macho y lo montó de un salto cuando la bestia ya estaba muy cerca de ellos.

–¡Arrreee! –Gritó y le dio una patadita en las nalguitas al caballito para que se despabilara.

Macho dejó de comer y vio al dinosaurio bufando casi encima de él. Relinchó y salió como tiro. Se metió por el mismo sendero que se había metido el hombre y corrió. Macho era rápido y Tory se agarró fuerte de las riendas. Las ramas de los árboles pasaban a toda velocidad y se pegó bien al cuello de Macho para que ninguna la golpeará. Detrás se escuchaba como si los persiguiera una locomotora, «tum tum tum» los pasos de la bestia gigante, y el destrozo de ramas y árboles que caían. Pronto alcanzaron al hombre que corría, que iba mucho más lento que ellos. Macho tuvo que bajar la velocidad pero el ruido del dinosaurio se les acercaba.

–¡Señor! –gritó Tory– ¡Apúrese o córrase, que se viene el bicho!

–Ahhhh, Ahhhh –gritó el tipo que parecía medio abombado. Además estaba bastante gordo para correr delante de dinosaurios.

–Macho, pasalo por dónde puedas –dijo Tory.

Macho lo intentó por derecha e izquierda, pero como el hombre era bastante ancho y además corría zigzagueando, no pudo. Cada vez que el dinosaurio daba un pisotón Tory saltaba en el lomo de Macho. El dino ya les pisaba los talones y Tory se puso a rezar.

–Virgencita, Virgencita mía, salvame de este bicho tan malito y te prometo que me lavo los dientes todos los días.

Ya escuchaba el jadeo del dinosaurio y sintió su aliento con olor a carne podrida.

De pronto algo apareció en el sendero, frente a ellos. Era otro bicho que venía a los santos pedos. No era otro dinosaurio ni era una moto, no era batman ni superman, era, sí señor, el Mulichán.

El choque fue tremendo. El Mulichán se la pegó contra el hombre que corría. Ambos volaron por el aire y Macho se agachó para pasarlos por debajo pero no fue suficiente. Chocaron todos contra todos, y Tory veía ramas y ramas mientras volaba por el aire. Y sabía que detrás venía el dinosaurio. El dinosaurio chocó contra los cuatro y los desparramó como bolas de bowling. Tory voló todavía más alto hasta que pegó contra una rama gorda y la luz se le apagó.

3

Cuando Tory se despertó estaba en el hospital. Abrió los ojos de golpe y vio a su mamá.

–¿Dónde está Macho? –preguntó–. ¿Y Cable? ¿Y María? ¿Y el señor que corría adelante del dinosaurio? ¿Y el dinosaurio? ¿Y el Mulichán?

A medida que ella hacía preguntas la cara de su mamá se descomponía más y más.

–¡Doctor! ¡Doctor! ¡Mi hija está delirando!

Una enfermera vino corriendo y revisó a Tory.

–No se preocupe señora, la nena está bien –dijo.

–¡Pero habla pavadas!

La enfermera miró a Tory.

–Será mejor que no hables –le dijo–, tenés que descansar para recuperarte pronto.

La enfermera le dio una cucharadita de jarabe. Tory quería seguir preguntando, quería saber si sus amigos estaban vivos o muertos, pero las palabras empezaron a salirle gangosas.

–Qumulugu gugu pugumu

No podía hablar. Y le empezó a entrar sueñito, sueñito, y se durmió.

Cuando se despertó de nuevo abrió los ojos un poquito y espío. Su madre seguía ahí, con cara de tragedia. Esta vez antes de hablar iba a estudiar la situación, no fuera a ser que la pincharan de nuevo. Cuando quiso moverse se dio cuenta de que tenía el brazo derecho enyesado, y también tenía algo en la cabeza. Abrió los ojos del todo y a pesar de que no le dolía nada decidió que lo mejor era poner cara de compungida y no decir nada.

–¡Se despertó! ¡Se despertó! –gritó su madre–. ¡Hija! ¿Cómo estás? ¿Te duele mucho mi vida?

Tory se la quedó mirando sin contestar. Era un fastidio, despertarse para tener que contestar preguntas. No quería contestar nada, quería preguntar ella.

Su madre puso cara de catástrofe total.

–¿No me conocés mi vida? ¿Perdiste la memoria?

Tory pensó que era mejor estar con la memoria perdida a que la pincharan de nuevo y puso cara de loquita.

–¡Doctor! ¡Doctor! Se está descomponiendo de nuevo.

–No mamá, estoy bien, no tengo nada.

–Sí, que tenés, te golpeaste la cabeza y estuviste inconsciente. ¿Recordás tu nombre?

–Me llamo Victoria.

–¿Y dónde vivís?

–En la calle El Sosiego, en Florencio Varela.

–Que dicho sea de paso, esa calle de sosiego no tiene nada, es un barrio de locos –dijo su madre.

–A mí me gusta –dijo Tory–. Mamá, ¿me podrías decir cómo esta Macho?

–Ese animal está loco, lo vamos a vender, y encima ahora está con una pata quebrada y tengo que cuidarlo.

Tory no iba a permitir que vendieran a Macho, pero pensó que lo mejor sería no contradecir a su madre por ahora. Por otra parte ella quería saber que había pasado con Cable y los demás, y cómo habían regresado del Mundo Perdido. Lo último que recordaba era ir a lomos de Macho sintiendo el aliento del dinosaurio en la espalda, y luego volar entre los árboles. Pero entonces le entró la duda: los dinosaurios habían desaparecido hacía millones de años. ¿Y si su madre tenía razón y estaba delirando? ¿Y si sólo se había caído del caballo, golpeado la cabeza y el resto lo había soñado mientras estaba inconsciente?

Se le ocurrió una forma de sacar de mentira a verdad.

–No podés decir esas cosas de Macho mamá –dijo–. Después de todo fue él el que me trajo a casa sana y salva –inventó.

–¡Pero qué decís! Ese caballo no te trajo. ¡Pero si no podía ni caminar! Por suerte un señor y su hija, muy amables ambos, los encontraron heridos y los trajeron a casa. Eran un poco raros, parecían extranjeros, pero eso que importa, lo importante es que te trajeron a casa.

Raros –pensó Tory–. Extranjeros. ¿Quiénes serían? No se le ocurría cómo podía averiguar algo más. No le quedaba otra que esperar a salir del hospital para saber que le había pasado a sus amigos. Sintió hambre, mucha hambre, y pidió comida. Por suerte le trajeron y postre también.

Pensó en escaparse, pero su madre no se iba nunca de la habitación y no le quedó más remedio que tener paciencia, algo que no era su fuerte.

Cuando llegó la noche su madre se acostó en la cama de al lado que estaba vacía y se durmió. Tory no tenía sueño, le parecía que había dormido una semana entera, quería levantarse, pero el doctor le había dicho que era mejor esperar unos días. Su madre le había traído unos libros, intentó leer uno de ellos, pero no podía concentrarse, su mente volvía una y otra vez al Bosque de los Monos y a las aventuras que había vivido a través de él. Sin embargo a medida que pasaba el tiempo, cada vez le parecía más fantasía y menos realidad.

Cerca de las dos de la mañana entró una enfermera. Tory pensó que querían darle de nuevo el jarabe ese que le daba sueño.

–No se preocupe señora –dijo–. Me duermo yo solita, no me hace falta el jarabe.

La enfermera se puso un dedo en los labios, indicándole que estuviera calladita. Luego caminó hacia su mamá y con dos dedos le tocó la frente. Por un instante una luz brillante rodeó los dedos de la enfermera y la frente de su mamá.

–No te preocupes –dijo–. Es para que no se despierte durante un ratito.

Entonces la enfermera se sacó el gorro y sus ojos se iluminaron como linternas. Era María, la extraterrestre.

–¡Qué alegría! –exclamó Tory–. Entonces todo pasó de verdad –Vine porque pensé que estarías preocupada. Además quería verte, cuando te dejamos en tu casa estabas muy golpeadita.

–Muchas gracias por venir a visitarme.

–De nada. Hay alguien más que quiso venir a verte.

Entonces Cable Pelado entró en la habitación. Tenía ropa nueva y hasta estaba peinado. Se acercó hasta Tory y le tomó la mano.

–¿Cómo estás? –le preguntó.

–Bien, estoy bien. Tengo el bracito lastimadito, y según mi mamá la cabeza media loquita, pero estoy bien.

–Quería decirte que tenías razón cuando querías llevar al Mulichán a su mundo. El pobrecito estaba como perdido. Por suerte gracias a María y el otro señor, lo pudimos llevar a su lugar, al bosque morado. También estaba un poco lastimadito, como vos, tenía tres pezuñas rotas y el pico medio doblado después del choque contra el dinosaurio. Pero se lo dejamos a sus papás y ellos lo iban a curar.

–¡Que buena noticia que me das! Pero, ¿quién era ese señor que decís que los ayudó a llevar al Mulichán a su casa?

–Quién va a ser –dijo Cable sorprendido–. El profesor Challenger.

–¿Y quién canutines es ese profesor Chan como sellame?

–¡El señor que corría adelante del dinosaurio!

–¿Ese? ¿Se salvó del dinosaurio?

María fue hasta la puerta.

–Sí, claro –dijo–. Y acá está. Quiere conocerte.

Entró a la habitación un tipo enorme, ancho, tenía la espalda y la cabeza enormes. También tenía la cara colorada y parecía el más loco de todos.

–Yo... muy... contento... estar... aquí... –dijo Challenger.

–¿Por qué habla tan mal? –preguntó Tory.

–Porque es Inglés –dijo Cable.

El profesor Challenger le dio la mano a Tory.

–Gracias a ti... yo... salvarme... dinosaurio... –dijo.

–¿Es serio? Pero si nos hicimos todos pelota, de eso me acuerdo. ¿Y al dinosaurio que le pasó?

–No le pasó nada –dijo Cable–. Cuando ustedes chocaron entre sí, el dinosaurio los pasó por arriba, por suerte sin pisar a ninguno y siguió de largo.

–Dinosaurio... –dijo Challenger–. Cabeza chica... cerebro chico... animal tonto.

–¡Menos mal que era zonzito! –dijo Tory–. Si no con esos dientitos nos come a bocaditos.

–Yo quería ver si tu estar bien –dijo Challenger–. Y ahora yo tener que volver al Mundo Perdido... con mis compañeros... antes de que el escritor se enoje porque me salí de la historia.

–Ahh, será entonces un escritor enojadito y malito que no deja que los personajes hagan lo que quieran. ¿Cómo se llama?

–Sir Arthur Conan Doyle.

Tory se entusiasmó porque lo conocía.

–¡Pero ni se preocupe! –gritó–. ¡Ese tipo se murió hace un montón de años! No le de más bola.

–No es tan sencillo –dijo María–. Cuando los mundos mágicos se mezclan se puede armar un zacatepatapumrepampirun.

Tory se quedó embobada.

–¿Y eso que quiere decir? –preguntó.

–Que el universo entero se puede mover de lugar.

–Aaaaaahhhhh, claro.

María se puso seria.

–Entonces lo mejor será que volvamos cada uno a nuestro lugar –dijo–, como el Mulichán que ya está en su Bosque Morado.

–Sí, yo... querer... volver... a Mundo Perdido –dijo Challenger–. Yo... querer... llevar... pterodáctilo a London, England.

Tory se puso recoloradita y reenojadita.

–Pero profesor Challenger –lo retó Tory–, eso va contra las reglas, no escuchó lo que dijo María. Mire el lío que se armó

cuando mi Cablecito querido se trajo al Mulichán para Varela. Además, ¡un pterodáctilo! ¡Vaya idea! ¡Mire si se le escapa volando y pica a algún chico!

–La verdad tiene usted razón... señorita... lo voy a pensar mejor... por ahí me llevo otro animalito.

–Ningún animalito. Pórtese bien.

–Sí –dijo María–, nada de animalitos –entonces señaló a Tory y a Cable–. Y ustedes dos no tienen que entrar más al Bosque de los Monos hasta que tengan doce años, es muy peligroso para los chiquitos. El día que cumplan doce los voy a venir a buscar para darles una misión.

–¡Bien! –gritaron al unísono Tory y Cable.

La mamá de Tory empezó a moverse en la cama.

–¿Quién anda ahí? –dijo con los ojos todavía cerrados.

Todos se apuraron a darle un beso de despedida a Tory y salieron corriendo de la habitación.

–No hay nadie mamá.

–Ahh, ¿Estás bien?

–Sííí.

–Prometeme que no vas a hacer más locuras mi bichita. Yo no quiero que te lastimes más.

–Te lo prometo mamá –dijo Tory con los dedos cruzados debajo de las sábanas.

–Hasta que tenga doce años –dijo en voz bajita para sí misma y se durmió.

Florencio Varela, Argentina.

24 de Noviembre de 2016